

## La noche se hará manzana

Cecilia Noriega es una poeta transgresora. Es decir, una poeta que intenta romper con estilos y mentalidades caducas a la hora de escribir poesía. La tradición de las escritoras que ejercen la transgresión en la era moderna se inicia con George Sand, que no sólo cambió su nombre femenino por este pseudónimo masculino, sino que se vestía y actuaba como un varón para lograr así el modelo liberador de la mujer actual equiparada en sus derechos y cualidades con el hombre. Tras ella vinieron otras muchas que desde llevar vaqueros a tomar la iniciativa sexual frente al varón o frente a otra mujer, han conseguido las cotas de libertad que ahora disfrutan con el esfuerzo de sus antepasadas.

El proceso en la literatura de mujeres es similar. De la mujer lectora del siglo XVIII (Madame de Pompadur, por ejemplo, o Madame de Stäel) hemos pasado a las mujeres escritoras de amplio recorrido y reconocimiento que ha aportado la época contemporánea como es el caso de una novelista trascendental como Virginia Wolf o de una poeta igualmente trascendental como Sylvia Plath).

Cecilia se enmarca en esta doble acepción estética y literaria de

¡A buenas horas, mangas verdes! podría decirse. Eso ya lo hacían a principios del siglo XX, Marinetti, Tristán Tzara, Breton o Apollinaire y ha pasado mucho agua bajo los puentes desde entonces.

Sí, ya sabemos que las vanguardias llevan un siglo de existencia. Que los neologismos como “hembrarena” o la supresión de artículos y conjunciones están lejos de la novedad. Pero no es eso. Cecilia Noriega no regresa al pasado, sino que reincorpora una tradición que tuvo valiosísimos poetas en la literatura latinoamericana. Se nutre de un homenaje implícito a los recursos que a principios del pasado siglo XX había dado nombres ya tan importantes como Vicente Huidobro u Oliverio Girondo quienes, junto con las aportaciones modernistas de Rubén Darío, consiguieron crear en la América hispana un nuevo mundo poético a través de la ruptura con el legado anterior. Revistas como “Claridad”, “Dionysios”, manifiestos como el de “Antena-Hoja vanguardista” y personajes como Alberto Rojas Giménez y Guillermo de Torre asimilaron rápidamente las ideas de un futurista como Marinetti o un surrealista como André Breton. Podemos señalar que ese arte nuevo que buscaba no sólo un cambio en la literatura, sino una revolución en la sociedad, tuvo una magnífica

No es extraño que la literatura femenina iberoamericana tuviera unos antecedentes admirables en las personas de Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral. Ellas fueron las pioneras que significaban un salto desde la mujer madre y ama de casa, seguidoras de las enseñanzas conservadoras y la moral católica, al salto que representaba la herencia de Lilith, Hypatia o Madame Courie, que representarían a la mujer interesada por los conocimientos filosóficos y científicos. Una nueva mujer se abría camino en el siglo XX no sólo mediante reivindicaciones teóricas como el sufragismo, sino mediante la reivindicación práctica de cúspides de pensamiento, ciencia y literatura hasta entonces en poder de los hombres. Podemos afirmar que desde el prototipo de la mujer “fuera del tiesto” que suponía la excepción, a partir de la Primera Guerra Mundial y de sus ecos en América surge la mujer “dueña del territorio” y que adquiere voz propia y personalidad visible en una América convulsa.

Un ejemplo sería la nueva actitud erótica de la poesía femenina. Mujeres como M<sup>a</sup> Eugenia Vaz, Alfonsina Storni, Delmira Agustini, etc van pronunciándose no sólo como objetos deseables sino como sujetos de deseos, y en este sentido libros como “El dulce

tan recientes como las de la argentina Alejandra Pizarnik en libros como “Los trabajos y las noches”.

Eso mismo sucede con el libro “La noche se hará manzana” de Cecilia Noriega que recoge perfectamente esa tradición erótica de las poetas más singulares y de mayor voz propia de la literatura americana del pasado siglo XX.

“Ya ves, no es insensata mi propuesta  
Es solo dormir contigo  
Que no te toco  
Hasta que quiebre el alba.

Por ese lado podemos hablar de la autorealización individual de la mujer como goce y como eros. Pero hay otra tendencia literaria que se basa en el pensamiento y en la preocupación social. La formación que demostraron en sus trabajos las hermanas Ocampo o el espíritu de denuncia y transgresión sociales que representó en la literatura española de los años treinta y cuarenta M<sup>a</sup> Teresa León no se mueven tanto en lograr la personalidad de la mujer como individuo como en su deseo de incorporarla a una sociedad liberada de la opresión y del conservadurismo.

También esta tradición es recogida bajo un concepto postmoderno de lo femenino en el libro de Cecilia Noriega. El “vo”

expresión, de las quejas, sobre un mundo que dista mucho de la perfección e incluso de la mera humanidad.

Cecilia Noriega se aproxima así a una poeta española como Gloria Fuertes que utilizó el sarcasmo, el humor, la denuncia y la ironía como un elemento diferenciador de la tradicional poesía femenina erótica. Un tono de poesía social (en el poema de “la ciega” o en el de la casa por alquilar con “exotismos”, etc entraría de lleno en ese compromiso colectivo frente al lirismo amoroso/novedoso de otros versos.

Con esta actitud la renovación que ofrece el libro “La noche se hará manzana” viene de la fusión de las dos tendencias críticas sobre el lugar de la mujer en el mundo contemporáneo. Ese lugar no se define sólo por los derechos individuales de cada una de las mujeres sino por la necesidad de denunciar un entorno que atenta contra el ámbito social del universo femenino e igualmente contra la voluntad de renovación que pase de la estética a la ética.

Por eso el libro de Cecilia es transgresor también en este segundo aspecto de su escritura. Aporta un bagaje individual a la vez que otro colectivo, o si se prefiere, aporta un bagaje solitario a la vez que otro solidario.

La modernidad de las formas que lucha para superar las

vez una voz propia a los textos marcados por la originalidad y el ingenio de su autora.

¿Poesía de mujer? No sólo, no estrictamente. Poesía humana, actual, que se nutre de tradiciones en apariencia contrapuestas y logra reunir una concepción neo-romántica con otra neo-rupturista. Poesía convincente en todo caso. Es decir, convincente porque llega a todos los seres humanos y no sólo a la mitad de género femenino. Eso sólo se logra desde la autenticidad, desde la personalidad y desde la calidad que superan los conceptos del ámbito privado y la denuncia pública.

Por eso importa poco si existe la voz de un tenor o la de una tiple en el momento de escribir estos poemas. Lo que importa es que son versos elocuentes y significativos procedentes de una sensibilidad artística culta, muy refinada y bien elaborada, que logran interesar al hombre/mujer lector.

Pedro J. de la Peña